

# EL TEATRO

Pedro Soler Valero

Los griegos dotaron a todas las artes con su musa; especie de semidiosas que inspiraban a los artistas. Todas eran hijas, amantes o parte de los dioses, y al contrario que estos no devoraban a sus hijos, ni maldecían o castigaban con extrema crueldad a quien osaba oponerse a sus designios. Con el tiempo, gran parte de la humanidad prescindió de casi todos y se quedó con uno solo, al que pusieron distintos nombres y le aplicaron doctrinas acomodadas según la antropología y costumbres de cada grupo. Profetas y enviados fueron sus mensajeros y atemorizaron al personal con privarles del paraíso, si no maldecían y desterraban las anteriores creencias por disparatadas, herejes y contrarias a la ley natural. Pero los artistas, que en fondo son unos paganos e irreverentes, conservaron las musas de los anteriores dioses, con la excusa de que no podrían crear sin su asistencia. Ya sabemos que, en esto del arte cabe cualquier cosa por disparatada que sea, y al que lo practica, se le disculpa cualquier excentricidad. Hay que admitir que en esto tuvieron acierto y gusto, porque todas las musas suelen ser hermosas y jóvenes mujeres, de pechos firmes y turgentes, brazos poderosos a la vez que delicados, expresión efímera e intemporal, y pelo rizado que atrapa los vientos de la inspiración. Pablo Picasso decía no creer en las musas ni en la inspiración, pero sabemos que era un comunista descreído y burlón, que gozó de la asistencia de múltiples musas más tangibles y carnales. Con tales favores, y con la afición que a ellas tenemos todos, cualquiera puede ser un descreído o lo que quiera, e irse al infierno directamente con ciertas complacencias cubiertas, y si puede ser, harto de ellas.

Talía sigue siendo la musa del teatro; inspiración de comediantes, titiriteros y fabuladores de la palabra, dados a propagar lo que otros escribieron y que según algunos, es gente de talento, incisiva y a la vez peligrosa. Dicen las enciclopedias que Talía era una divinidad campestre que hacía florecer las plantas y que presidía determinados banquetes. Se le representa como una hermosa joven coronada de hiedra, con la máscara

en la mano izquierda y el largobolus (no me preguntéis qué es) en la derecha. Los griegos primero y los romanos después, la erigieron como musa de la comedia. Ignoro qué méritos hizo para ello, (los del Afa no me dan tiempo para investigarlo) pero es de suponer que eso de asistir a ciertos banquetes daba mucho juego. Todos sabemos que aún hoy, y mucho más en aquellos tiempos, determinadas comilonas, además de promiscuas y dislocadas, daban ocasión a los poetas para solazar los instintos más mundanos, recitar sus versos o representar aquellas escenas que según su criterio merecían tal honor. No es difícil suponer tampoco, que además de hermosa, Talía tuviese talento, voz y figura, para que depositaran en ella la confianza de recitar odas, poemas épicos, satíricos, trágicos y comedias maliciosas. Muchas debieron ser sus gracias, cuando todos la erigieron como la musa que les velaría el sueño, para infundirles el don de la métrica, la rima, la metáfora y el ritmo de afortunados versos, que uno detrás de otro acababan en estrofa, y la continuación de éstas culminan el poema.

Al margen de glosar los méritos y virtudes de Talía y el oficio de comediante, que como en todo, hay quien lo ejerce con talento, quien se defiende y quien lo maltrata, aunque todos suben al escenario para representar lo que vemos en la vida diaria de la plaza, las esquinas y los cotilleos de las cancelas, al fin y al cabo, nuestra vida es un teatro que representamos inconscientes de nuestras virtudes interpretativas. Todos fingimos, representamos el día a día, vituperamos a ciertos prójimos y ensalzamos a otros, a veces inmerecidamente, pero siempre dentro de una función sin pretensiones, que recorre las calles, los comercios, las plazas y las esquinas a través de los tiempos, mientras el uso de la palabra sea lo que nos distingue del resto de las especies.

Hace un tiempo que conocí las fotos de Sorbas que Pierre Vejés captó en el pueblo en el año de 1.935, el francés debió ser un viajero excéntrico y bohemio, (para asomar por Sorbas en aquellos años, hacía falta ser eso además de osado) que

captó instantáneas perfectamente reconocibles para los de mi edad; el caminos del "bajaor" porque bajábamos y subíamos de la rambla. El humo del horno alfarero con las primeras luces de la mañana, la antigua y desaparecida era de trillar, los niños descalzos y tomando el sol sobre la calle empedrada. Pero de todas ellas, una me llena de nostalgia y emoción cuando la observo: EL TEATRO. Tras esa fachada y esa puerta, se encerraban los sueños de tantos de nosotros; los besos y las caricias furtivas. El NODO, Nobleza Baturra, Balarrasa, Esa Voz es una Mina, Los Últimos de Filipinas, la Lola se va a los Puertos. Aquellos infames cortes, cuando se colaba un beso descarriado e imprevisto, y como no, "el gallinero"; un palco de madera que después de un estrado con siete u ocho escalones, abrazaba el teatro por los laterales, hasta terminar redondeado casi encima del escenario. Era el lugar de la chiquillería y de la plebe más selecta, donde el estruendo del pateo y los insultos al malo de la película ensordecían al personal.

No tengo un recuerdo firme de haber conocido la fachada del Teatro tal como está en la foto, probablemente sí (alguien me corregirá si me equivoco), porque las obras de los depósitos de agua y los arcos de piedra que se ocultaron y los esqueletos que aparecieron los recuerdo perfectamente. Semejante recuerdo es tan exacto, porque en aquella obra se mató José Menchón "el Chinales"; y una tarde, después de la escuela, subimos Nino (Saturnino Menchón) y yo atraídos por la obra y el suceso. Todo estaba solitario y en silencio, nos acercamos cautelosamente al hueco del pozo y quedamos atónitos; tras un talud de tierra por desescombrar un hombre se masturbaba. Tal era nuestro desconocimiento de aquel asunto, y tal su desmesura e interés por darse satisfacción, que nos quedamos sorprendidos y en silencio sin saber qué hacer o decir, hasta que culminó la faena con notable éxito. Se nos quedó mirando y debió percibir nuestro pasmo, porque en vez de darse por sorprendido, pretendió iniciarnos en la técnica y los sueños del onanismo, tal y como él lo entendía. Los dos



Acudiendo al teatro. Dibujo de Pedro Soler

emprendimos corriendo la bajada hasta la plaza, donde nos separamos sin preguntarnos nada sobre aquel descubrimiento.

Para adaptar el teatro al cinematógrafo, construyeron un garito elevado por dos pilares (aquello no eran columnas ni nada parecido) que destrozó para siempre la fachada, ocultó la lira que servía de remate a la fachada y aprovecharon la ventana oval, para adaptar el objetivo de aquella máquina que a todos nos parecía mágica, y que llevó nuevos ídolos a la imaginación y la impaciencia de la gente. No es ocasión ahora de criticar aquello, si se pudo hacer de una u otra manera, los tiempos y el dinero no daban para más. Tampoco el país estaba para florituras; aún reciente la guerra civil, y la necesidad dispersando las familias camino de la emigración, no era para pensar en liras ni fachadas más o menos acertadas. Aquel garito, al que se ascendía por una empinada escalera que sesgaba violentamente la fachada, era el templo de aquella máquina extraña que subyugaba con historias antiguas y recientes, artistas que representaban personajes de historias desconocidas. Ciudades, pueblos y paisajes de mundos ignorados, al invicto caudillo inaugurando industrias y pantanos, y a doña Carmen luciendo sombreros afrancesados y esplendorosos collares. El NODO, en blanco y negro, nos mostraba una España grande y libre, pletórica de pan y de justicia. Los atónitos rostros, encandilados por aquella realidad, se debían preguntar para sus adentros: ¡Si esto es así! ¿Qué coño hacen nuestros maridos e hijos repartidos por Europa y América? ¿Por qué las alacenas crían telarañas?

Aquella magia de las nuevas imágenes, hacía correr a la gente llevando las sillas de sus casas, por temor a que el teatro estuviese lleno, y poder sentarse en los pasillos o donde buenamente pudiesen. Sombreros que molestaban al que estaba detrás, el humo de los cigarros que ascendía con una lentitud que parecía provocada, cuchicheos constantes, comentarios y expresiones de asombro o de desacuerdo según lo que salía en la pantalla, era el ambiente de aquel teatro, cuya fachada colonial con pretensiones renacentistas, quedó tapada para siempre por aquel garito. En él comenzó con el manejo de aquella máquina Pepe "el chofer". Persona amable y educada que des-

pués casó con Gloria, y que por ser viudo, ambos gozaron en su noche de bodas y otras posteriores, de una sonora cencerrada. Después se hizo cargo de aquel artilugio el entrañable Perico "el del horno", quien podría ser protagonista de la tristeza de aquellos tiempos, lo esquivaba e injusta que es la fortuna para algunos y el desafuero de la vida con otros que merecieron mejor suerte. He visto varias veces la inolvidable película "Cinema Paradiso" y con ella, siempre acudió la memoria de Perico. Las noches en las que algunos esperábamos impacientes en el último peldaño de aquella escalera, para que nos enseñara aquel artefacto oscuro, atornillado al suelo y dos bobinas grandes que daban vueltas con un ruido apagado y extraño. Era un asombro y un enigma para nosotros que aquel haz de luz, que salía de un cilindro metálico, al encontrarse con la pantalla se transformase en imágenes que hablaban y se movían.

Esporádicamente, en medio de películas de Antonio Molina, Lola Flores, Juanita Reina y aventuras del Oeste, se representaba alguna obra de teatro. Eran por supuesto obras toleradas y nada sospechosas; "El Divino Impaciente" y otras por el estilo. "Puebla de las Mujeres", fue otra obra de los hermanos Álvarez Quintero (autores inofensivos y costumbristas) que representaron en el teatro con gran éxito y un elenco digno de mención: Luisa y Rosa Fernández, Federico y Eduvigis Valls, Paco Gutiérrez, Ana Amador, José Luís Fernández, María Márquez, Joaquín Gallardo y Rafael Álvarez entre otros. Recuerdo perfectamente la representación de "La Muralla", creo que fue la última que presencié en el teatro. En ella trabajaban mi hermano Francisco, mi hermana Mercedes, Rosa Pérez, Rita Clemente y otros que no recuerdo. Fue de las últimas veces que lució el espléndido telón de terciopelo, pintado a mano y con flecos dorados. Algunas veces me he preguntado: ¿qué se hizo de aquel telón?

Un personaje muy del pueblo de entonces fue Telésforo "el de Filomena", mozo delgado y alto, algo exagerado de ademanes y de voz temblorosa. Un día le dio por agradecer al pueblo con un recital de romanzas de zarzuela que él mismo interpretaría. Hizo los preparativos y la propaganda necesaria, ensayó con celo para no olvidar las letras y dar el tono adecuado a cada romanza, pero

no tuvo en cuenta lo dado a bromas y coñas descarnadas, que por aquel entonces eran la única diversión de algunos. No se dijo nunca que lo hiciera mal, que no diese la talla de barítono aceptable, pero la encerrona estaba preparada. Estaba Telésforo casi al final de su representación, entonaba con seguridad y mimo la "Tabernera del Puerto", cuando un grupo interrumpió la función con gritos y risotadas; en menosprecio de las dotes como cantante de Telésforo, arrojaron sobre el escenario frutas, verduras, tubérculos y otros productos de la huerta, ante el asombro de Telésforo que no daba crédito a semejante barbarie e incultura. Lejos de arredrarse montó en cólera, se explayó en insultos a los provocadores, y juró por sus muertos que no pondría más los pies en Sorbas. Al día siguiente marchó hacia Almería para cumplir su promesa; nunca más volvió por el pueblo.

Años después y ya en Barcelona, tuve la suerte de conocer a don Francisco Siso Cavero, que había sido notario de Sorbas en tiempos de La República; era hombre de vasta cultura, conservador y religioso, y también, la persona con los cimientos éticos más firmes que he conocido. Sus profundas raíces demócratas y amor por la libertad de las personas, le proporcionaron una profunda tristeza cuando vio, que algunos de sus mejores amigos, con los que había fundado y escrito en el periódico El Debate, aceptaban ministerios y prebendas del Dictador, a quien despreció siempre. Don Francisco tuvo una gran afición por el teatro; había leído a los grandes autores y en su juventud, escribió crítica teatral para diarios y revistas de Madrid. Poseedor de una memoria prodigiosa, recordaba con fidelidad todos los avatares que había vivido y a las personas que conoció. Mis relaciones con él y sus hijos llegaron a convertirse en familiares y en las innumerables charlas que mantuvimos, aparecían sus recuerdos de Sorbas con frecuencia. Escucharle describir a las personas de Sorbas, sus ademanes, virtudes y miserias de cada uno, los entresijos políticos y religiosos de aquellos años en el pueblo, la generosidad de unos pocos y las envidias de otros, era una crónica extraordinariamente fiel y amena. Pero sobre todo, le sorprendió la vida teatral de Sorbas en aquel tiempo; a veces -decía- tan sólo pasaban ocho o diez días del estreno de una obra en

Madrid cuando se representaba en Sorbas, sin desmerecer autor y obra a pesar de los escasos medios que tenían para su ejecución. Mi memoria ni mucho menos es como fue la suya, y no llego a retener todos los nombres y las situaciones que me contaba. Sí recuerdo perfectamente, la admiración que sentía por mi abuelo Frasquito Soler, como hombre de personalidad acusada y auténtico talento para la escena. Según él, en nada hubiera desmerecido a ninguno de los grandes actores de Madrid y que con toda seguridad, a muchos de ellos hubiera superado. Le sorprendía gratamente la expectación en el pueblo cuando estaban ensayando, la enjundia que tenían aquellas representaciones, y la frecuencia con que se hacían. Tampoco andaban a la zaga las representaciones de zarzuela, de las que decía ser tan notables como las de teatro y en las que también mi abuelo era parte fundamental. Tenía referencias de admiración y cariño para otros muchos, entre ellos Federico Valls (que después fue Registrador de la Propiedad). Decía de él que, además de buena persona, tenía talento para el teatro y para todo lo que se propusiera hacer; tan pronto suplía al telegrafista, como ejercía de secretario judicial, o se subía al escenario a representar cualquier papel que le encargasen. Paco Gutiérrez, sus hermanas y otros muchos que no recuerdo en este momento, formaron un elenco digno de mejores glorias según Don Francisco. Sobre todo -decía con énfasis- cuando en Sorbas se entrenaban las últimas obras antes que en Almería.

Sería extraordinario que se retomase aquella tradición teatral que hubo en el pueblo y de la que aún nos queda cierta memoria. Quienes tengan la osadía de volver a encender la antorcha es seguro que gozarán del reconocimiento de todos. Al igual que hoy lo tienen aquellos que volvieron a prender la antorcha de la música, con los extraordinarios re-

sultados que todos conocemos. Valga la comparación para que no cunda el desánimo, por lo trabajoso de todo comienzo.

Mientras tanto, sigamos cada uno con el papel que nos han asignado en éste "gran teatro del mundo" (como dijo Calderón). Nada puede haber comparable al escenario y sus personajes, ni interpretación alguna puede, (por sublime que sea) superar el drama, la comedia y la épica, de quien se ve obligado al quehacer diario; de quien ejerce la mentira, la felonía, la amistad, el amor, y aquellos sentimientos que son causa de nuestras grandezas y miserias.



Representación teatral. Dibujo de Pedro Soler

### EPILOGO DEL JAMÓN

En los comienzos de mi colaboración con la revista EL AFA, escribí un artículo que suscitó interés y recibí muchos comentarios por él. En el "El Jamón" relaté las necesidades de mi amigo Modesto y su familia en tiempos oscuros y de silencio. Por la edad o por lo que fuera, a pesar de mi

aprecio por aquella familia, no percibí la estrechez y el desamparo, de quien no tiene más salida que "echar parlante", ignorando lo que el camino le depara. Para mí, Modesto siempre representó el enigma de la amistad, los extraños resortes por la que ésta perdura, y se mantiene a pesar de la ausencia y las condiciones más adversas. En aquellas letras, puse en Modesto la representación más cabal de todos aquellos y aquellas que tuvieron que abandonar sus casas, tierras y familias, en busca de un destino digno. Eran personas enteras, forjadas en la desilusión y el desamparo del destino. No podían permitirse el lujo de "arrugarse" por la ignorancia, las fronteras o el idioma. Tales circunstancias, los revestía de una dignidad que ellos mismos ignoraban, aunque era un áurea tan indivisible como su sombra. Modesto siempre representó esa entereza y esa dignidad, que me hizo apreciarlo como algo para mí inalcanzable.

Modesto ha muerto después de soportar una enfermedad en la que no creía, y urdiendo planes para visitar Sorbas éste verano. Por la discreta distancia en la que nos apreciamos y quisimos, no le visité en sus últimos días, pensando en las sospechas que lo inusual de mi visita le despertaría. Con él se ha ido gran parte de mi infancia y de Sorbas, aunque la promesa que un día nos hicimos cuatro amigos en la rambla del Pocico, con Modesto se ha cumplido

hasta el final. Aquella tarde, convencidos de la eterna juventud y en la ignorancia de lo que la incierta vida nos depararía, nos juramos amistad hasta la muerte. ¡Promesa cumplida! -Le dije cuando ya no podía escucharme- este verano pasearé las calles de Sorbas como si fuese un niño, que aún espera encontrarte en el tranco de tu puerta.